

# Lo de Freyre

En una casa de San Vicente, un pueblo de la provincia de Buenos Aires conectado con Capital a través del tren, es adonde vivió Walsh hasta que lo asesinaron. Acribillada por los militares y luego ocupada por la familia de un policía, el proyecto de convertir la casa en un museo se va apagando, aunque la memoria de su habitante se mantenga encendida.

**E**n San Vicente existe una historia que se enseña en las escuelas y los niños la recuerdan cada 24 de marzo. En el juicio de la Mega Causa de ESMA se contó ante jueces, represores y abogados. También se publicó en los diarios. Hubo fotos, entrevistas radiales y hasta se cambió el nombre de una calle. Hubo declaraciones de patrimonio histórico, honores por valentía a los vecinos testigos, y mucha gente para la foto.

Hubo todo eso y no mucho más. La última casa de Rodolfo Walsh, su refugio en el repliegue hacia el sur, el lugar donde volvió a la literatura, está ocupada hace ya 37 años por una familia ligada a la Policía bonaerense y nadie, ni un vecino ni un periodista, ni un curioso, puede ir hasta la calle que lleva su nombre, encontrar la casa sin número con la palmera y el portón blanco, y conocer el lugar donde redactó durante sus últimos días la Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar. No lo van a dejar entrar.

Rubén Sala es un policía retirado de la Bonaerense, hombre alto y fuerte, conocido en el pueblo. Vive a cuerdas de la plaza principal y a casi 30 de la casa que una vez fue de Rodolfo Walsh. Este hombre ocupó la vivienda poco después de la muerte del escritor. Nadie puede asegurar si participó del operativo de la Armada que la noche del 25 de marzo de 1977 acribilló la casa de San Vicente, la destruyó y se robó la obra literaria inédita de

Rodolfo Walsh. Nadie, salvo él. Y no piensa hacerlo.

“Tengo miedo”, dice Sala, “Viste cómo son los de Derechos Humanos, con esto que soy policía retirado pueden hacer cualquier cosa, inventar. Hubo dos bandos y ahora están buscando venganza”. Sala también asegura que fueron sus manos las que levantaron las paredes caídas. Vivió ahí hasta que la madre murió y la casa pasó a manos de su hermana, María. Todo queda en familia.

En 1977 Rubén Sala era policía de la zona. Y, se sabe, los militares tuvieron ayuda de la policía local para encontrar la casa. Al otro día, también es sabido, dejaron un efectivo de San Vicente custodiándola hasta el mediodía para que avise si llegaban Patricia Walsh o Lilia Ferreyra -última mujer de Walsh-. Y, sobre todo, apenas unos meses después Rubén Sala se metió en esa casa jun-

**Yanina cuenta que todos los meses más de 50 personas llegan hasta el portón blanco. Quieren tocar las paredes donde todavía quizá se vea la marca de las balas. Y ella a todos les dice lo mismo: del portón para afuera.**

to a su madre y hermana.

Walsh nunca fue Walsh en San Vicente. Los vecinos lo conocían como Norberto Freyre, profesor de inglés jubilado que vivía con su mujer y viajaba en tren a Buenos Aires varias veces por semana. Tipo amable, charlaba del tiempo, la posibilidad de una plaza en el barrio o de organizarse para pedir luz al municipio. Un señor que planeaba una huerta, hacía asados y no mucho más. Recién en los '90, los vecinos supieron que ese hombre era Walsh. Algunos compraron sus libros. Otros aún no lo leyeron.

Norberto Freyre vivió en la casa desde fines de diciembre de 1976 hasta el 25 de marzo de 1977, el día de su muerte. Era querido en el barrio, caminaba sobre las vías hasta la estación para no embarrarse los pies, usaba bolsas de nylon sobre los zapatos cuando llovía, planeaba una hilera de álamos plateados para escuchar el sonido que produce el viento en sus hojas, como de lluvia. También sabemos que pagaba sus impuestos. Todavía hoy están a su nombre.

La casa la compró con el mismo nombre y documento que usó en Operación Masacre (“Durante casi un año no pensaré en otra cosa, abandonaré mi casa y mi trabajo, me llamaré Freyre, tendré una cédula falsa con ese nombre”). Podría ser un Museo ahora. Pero en la Legislatura nacional, el proyecto perdió estado parlamentario. Simplemente no



se trató. En el Municipio la casa fue declarada Patrimonio Histórico. Los vecinos fueron convocados como testigos en la causa Walsh. Declararon. Contaron. La conexión de la ocupación con la Policía bonaerense todavía falta probarse.

La casa está en el barrio El Fortín. Son cuatro terrenos, una pequeña construcción de ladrillos rojos, una palmera, eucaliptos altísimos en el jardín: un color verde verano de árboles y pasto que, al menos en este día de marzo, cuando son las tres de la tarde, remiten a la llanura pampeana, un lugar que se

elige para descansar, leer, escribir.

Hoy el barrio está tranquilo. A la hora de la siesta. Los nenes andan en bicicleta y algunos hombres toman cerveza mientras charlan. Yo camino las diez cuadras que separan el fin del asfalto hasta la casa: todo sigue más o menos igual. Ahora hay más casas de ladrillos que prefabricadas, ya no queda espacio para una plaza, las vías del tren siguen oxidándose bajo el sol.

Yanina fuma recostada sobre la pared, la mirada en el cielo o en los árboles. Se da vuelta cuando escucha que golpean las ma-

nos. Me presento con palabras que sé que no le van a gustar: periodista y Walsh. Tiene 30 años y uno o dos hijos. No voy a saber ningún dato certero sobre ella porque no me los va a decir: conoce las palabras que me dejan de este lado del portón, intentando extender la charla y grabando imágenes para anotar rápido cuando me vaya. Yanina despierta día a día en la casa que era de Walsh.

“El tema acá es que hay chicos. María no quiere decir nada ni dejar entrar gente por los nenes”. La respuesta perfecta: menores inocentes. Y tiene razón. En la casa viven al menos cuatro niños, Yanina –que se presenta como nuera- y María Sala, una portera de escuela, hermana del policía. La madre de los dos murió hace ya varios años. Yanina cuenta que nunca más supieron nada del proyecto del Museo. Ellas siguen ahí, custodiando lo que consideran propio, la casa vivieron tantos años cuando todos nos olvidábamos de rescatar la memoria y volverla justicia.

Antes de irme Yanina, cuenta que todos los meses más de 50 personas llegan hasta el portón blanco. Quieren entrar, recorrer la casa, tocar las paredes donde todavía quizá se vea la marca de las balas. Respirar el aire de campo que respiró el hombre que no era un héroe de película pero se la jugaba. Y ella a todos les dice lo mismo: del portón para afuera.